

## Capítulo 3

Tolerancia y el otro

Nilton Bonder

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

BONDER, N. Tolerancia y el otro. In: BONDER, N., and SORJ, B. *Judaísmo para el siglo XXI: el rabino y el sociólogo* [online]. rev. and enl. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2008. pp. 24-29. ISBN: 978-85-9966-230-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.

---



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

## Capítulo 3 - Tolerancia y el otro

*Nilton Bonder*

### **El otro es el mismo - distinciones para el diálogo**

Este artículo fue inspirado por un pequeño incidente. Una persona que había viajado a los Estados Unidos me trajo un folleto de una sinagoga que había visitado. A la persona en cuestión le pareció interesante el folleto, así como un buen modelo para la divulgación de una sinagoga. Cuando tuve oportunidad de leer con más atención dicho folleto, vi que el mismo no informaba acerca de una sinagoga, sino de un templo del grupo autodenominado "judaísmo mesiánico". Este grupo, que ya cuenta con instituciones en Río de Janeiro y en San Pablo, se presenta como una corriente judía que ve en Jesús al Mesías, y al Nuevo Testamento, una fuente canonizada.

Motivado por el crecimiento de grupos de este tipo y por la dificultad de la persona que me entregó el folleto en identificar qué tipo de "sinagoga" había visitado, escribí lo siguiente:

Lo intolerable es siempre una medida muy interesante. Representa la trasgresión de una frontera que, en verdad, sólo se define claramente al ser cruzada. Infeliz del tolerante que no conoce la experiencia de límites. La modernidad nos trajo una insoportable capacidad de confundir tolerancia con alienación. Cambiar de tono en el medio de una melodía es algo desagradable para el oído, si bien eso no significa que un tono sea mejor que otro. Lo que es intolerable no es la diferencia sino la indiferencia - la capacidad de olvidarse del compromiso con la melodía-. La tolerancia no es una medida absoluta y exigirle tal naturaleza es colocar-se afuera, indiferente. Lo que es intolerable debería ser entendido a la luz de un orden de tolerancia inaceptable, y no a través de una discordia o de un terror a la diferencia. El otro que es diferente puede llegar, incluso, a ser considerado como "uno mismo" que es diferente y que estará siempre en la dimensión de lo tolerable.

Los movimientos religiosos que existen hoy dentro del judaísmo son ejemplos de un mismo que es diferente. Sus patologías pueden expresarse por la alienación de los más tolerantes frente a aquello que no debería ser tolerado, o por la intolerancia de los menos tolerantes con relación a aquello que debería ser tolerado. Liberales pueden haber sido, por lo tanto, condescendientes y pluralistas con lo intolerable así como ortodoxos implacables con lo tolerable. Sólo es posible alcanzar ese discernimiento a través de alguna definición de límites. Sin fronteras que definan lo que es "uno mismo" o lo que es el otro, no existe posibilidad alguna de consideración y tolerancia.

Cuando dos o más tradiciones se encuentran en espacios ecuménicos o su tratamiento mutuo no consigue traspasar la dimensión de la tolerancia. Si, entretanto, ese encuentro se da en la dimensión del otro, en el lenguaje o en el espacio del otro donde no hay dudas de que el otro es el

otro, entonces, hay espacio para la consideración.

O, como la máxima jasídica dice: "Si yo soy yo porque usted es usted y usted es usted porque yo soy yo -ni yo soy yo y Di usted es usted; pero si yo soy yo porque yo soy yo y usted es usted porque usted es usted. Entonces yo soy yo y usted es usted y nosotros podemos conversar".

Si yo soy yo porque usted es usted y viceversa, entonces, lo que más podemos anhelar es la tolerancia. Si yo soy yo porque yo soy yo y viceversa, entonces es posible apreciamos y enriquecemos con nuestra conversación. En el ecumenismo son fácilmente discernibles los espacios donde se practican la diplomacia de aquellas donde se da el enriquecimiento por medio del diálogo.

Hoy surge en las grandes capitales que cuentan con presencia judía, el cada vez más visible "judaísmo mesiánico". Este grupo se asume como parte de la fe judía que reconoce a Jesús como Mesías y practica el judaísmo en su forma cultural y tradicional. Tiene cuerpo de judío -se propone las *mitzvot*, circuncisión, *kashrut*, Shabat, *tefil*, denomina rabino a su mentor espiritual y sinagoga a su casa de oraciones- y alma cristiana -habla de Ioshua, el salvador que trajo "nueva luz", y utiliza libros que no forman parte del canon judío. Es sin duda un canto de sirena y un desafío, en particular para aquellos que toleran.

El rechazo de esos grupos plantea una cuestión importante: ¿No significaría legitimar la actitud de los grupos más tradicionalistas y radicales que no toleran cualquier otra práctica que no sea su ortodoxia? ¿No equivaldría a legitimar ideologías que se enarbolan como las únicas herederas auténticas del judaísmo?

Creo que no. Ese grupo no es un "uno mismo" diferente, es otro. Podría, si asumiera esto, establecer hasta una relación de aprecio, podría establecerse un diálogo si fuese un otro. Su falta de probidad consiste en querer hacerse pasar como parte de un grupo minoritario como son los judíos - con un largo pasado de sumisión a la catequesis y al proselitismo violento- en un momento en el que pasa por una profunda transformación de su identidad. Es hora de que los tolerantes sean profundamente coherentes con su esencia y ejerzan su intolerancia. Es un momento profundo y demasiado importante para expresarse como un alienado o un indiferente. Es el momento de resistir a las tentaciones de la indiferencia que se disimulan en la tolerancia y que no reconocen que el judaísmo es una melodía -con muchas posibilidades de diálogo-, pero melodía propia al fino El judaísmo soporta cualquier jazz pero no el desafinar.

Triste es la historia de este grupo que, en vez de hacer jazz a partir de la tradición cristiana, viene a desafinar el judaísmo. Es sospechosa tal necesidad de convertirse en un mismo siendo un otro. Esa falta de transparencia parece responder a un mercado de confusiones más que a abrir nuevas perspectivas melódicas para este mundo tan necesitado de ellas.

Al mismo tiempo estamos viviendo un momento importante para que los judíos puedan

reconocer sus propias fronteras. Se trata, en cierto modo, de una oportunidad para abordar nuestras propias patologías. Que el liberal tolerante reconozca sus intolerancias y que el tradicionalista intolerante reconozca sus verdaderas tolerancias.

Que los mencionados judíos mesiánicos tomen conciencia del acto de agresividad que cometen al hacerse parte de un mismo y que busquen el diálogo del diferente con aquellos que dicen respetar: los judíos. Que la tradición cristiana no celebre en esa manifestación religiosa como la cristianización de los judíos, sino que la comprenda como una variante cristiana en busca de sus orígenes. Cabe al cristianismo un acto de tolerancia para con los suyos, con un movimiento en el interior de sus fronteras. Si la Iglesia del pasado no se hubiera comprendido como "uno mismo", sino como un otro del judaísmo, si no se hubiera contemplado a través de la óptica de la cristianización de los judíos o de la transformación de lo viejo en nuevo -ya sea en el testamento o en el mensaje-, hubiéramos sido más otros y hubiéramos dialogado mucho más.

La herejía no es de la dimensión del otro sino del "uno mismo". Reforzar las identidades, hacerse más otro, es el camino de la paz y de la consideración. Que los cristianos sean más cristianos, que los judíos sean más judíos, en particular asumiendo su legítima diversidad. "Y en aquel día Dios será Uno y Su Nombre Uno" es el día de apreciación de las muchas melodías que se escuchan. No será el día del monótono canto unísono, ni del canto atravesado por los mismos que son otros. Será el día en que la diferencia será sagrada y la indiferencia una herejía.

## **Jerusalén y el triunfo**

Ciertamente no existe icono mayor de la dificultad de convivencia humana que el de la ciudad de Jerusalén. Fundada hace 3000 años por el rey David, posiblemente sobre un antiguo sitio sagrado de la región, Jerusalén era un proyecto. Su nombre lo revelaba: Ieru-shalem, la ciudad de la plenitud o la ciudad de la paz. Y el proyecto tuvo éxito. No exactamente por haber traído paz en su historia, muy por el contrario, sino por haber sintetizado la dificultad humana en obtenerla. Jerusalén se transformó en símbolo de triunfo, y si hay algo que la paz no es... es ser fruto del triunfo.

En junio de 1967, pocos días después de la Guerra de los Seis Días y de la conquista de la ciudad vieja de Jerusalén por el ejército israelí, David Ben Gurion, la figura política y el líder más prominente del nuevo Estado de Israel, recibía una carta. Era de un remitente relativamente desconocido, un rabino de nombre Zalman Schajter. En su carta, el rabino alertaba acerca de la grandeza histórica de aquel momento. Después de 18 siglos sin soberanía sobre su mayor monumento, el Monte del Templo, ubicado en el corazón de la ciudad vieja, los judíos no sólo tenían acceso sino, también, el control del lugar.

Cuando los judíos se emocionaban con las fotos de los soldados rezando junto al Muro de los Lamentos, cuando la experiencia del mayor exilio y dispersión de la historia humana parecía llegar a su fin con con notaciones mesiánicas -aun para la prensa mundial-, aquella carta era de un contenido chocante. El rabino Zalman exhortaba a Ben Gurion a que declarase inmediatamente a Jerusalén monumento internacional y que permitiera que la ciudad, justamente en su reconquista por los judíos, pudiera realizar su proyecto histórico: no el triunfo, sino la paz.

El argumento del rabino era como mínimo interesante. El decía que el triunfo representaba la más efímera de las seguridades y se basaba en la propia historia de los judíos para mostrar que el triunfo de los asirios, griegos, romanos, bizantinos, cruzados y otomanos era una metáfora recurrente de que el vencedor de hoy es el derrotado de mañana. No por la fuerza, sino por el espíritu -para emplear las palabras milenarias de las profetas de Israel-; quien vence produce un vencido y se coloca en la cadena sucesiva e interminable de la violencia.

Tal vez en media de la euforia de un pueblo que dos décadas antes había sido aniquilado en las cámaras de gas, fuera difícil no darle a esa carta el fin que probablemente tuvo, es decir, el de ser ignorada. Pero ella contenía algo digno de reflexión, particularmente hoy cuando israelíes y palestinos consideran la paz como algo irreducible a un Estado, sea del lado que fuere, sin Jerusalén, la metáfora del triunfo, como capital.

Quien pudo visitar Jerusalén antes de la "intifada" habrá tenido la evidencia de "controles" en la ciudad vieja que se organizaban en la práctica. Los musulmanes controlaban la región de las mezquitas; los judíos, la del Muro; los católicos, las iglesias y sus monumentos santos; lo cual, si bien no implicaba la paz, no estaba tan alejado de ella en la práctica como en las sentimientos. Esa práctica era el interesante resultado de la convivencia y, obviamente, de un relativo estado de libertad y democracia que, bien o mal, el Estado de Israel trajo como novedad a aquel rincón del mundo. La solución, indudablemente, contiene estos tres elementos: la convivencia, el estado de libertad y el fin del triunfalismo. Algo muy diferente de lo que las líderes de ambos pueblos están haciendo.

Jerusalén, ¿es de los judíos o de las árabes? Encuestas por Internet para ver quién "gana" y demás actitudes de este tipo no acercan a nadie a la idea de una posible "capital metáfora de la paz". Hay una profunda irresponsabilidad en el planteo que implica la idea de la "pérdida" de Jerusalén.

Deberían llevarse a cabo profundos estudios acerca de Jerusalén, tanto en Occidente como en Medio Oriente. Para los judíos sigue pendiente Un difícil auto-análisis, que no es sólo político sino teológico. Comprender el monoteísmo no solamente como la religión de un Dios único sino como la de un solo pueblo, implica un acto de triunfalismo en el siglo XXI. Para musulmanes y cristianos el trabajo no es menos profundo y complejo. Pasa por la misma cuestión reforzada por la reflexión de

querer ser la legítima Israel (o Ismael para los musulmanes) o la Nueva Israel (en la visión cristiana). Este deseo de triunfo teológico fue el que marcó, en los últimos dos milenios, las guerras entre cristianos y musulmanes por la conquista de Jerusalén. No es simplemente un triunfo político, sino teológico. Y cuando el triunfo es teológico y simbólico, entonces no se trata de saber quién se queda con Jerusalén, sino quién se queda con Dios. Y ahí las negociaciones pasan a ser de orden psicológico, teniendo como cuestión básica: ¿A cuál de sus hijos Usted (Él) prefiere?

No habrá paz mientras todas las partes interesadas no sean derrotadas. Una derrota en las expectativas de triunfo de todos los implicados es la única esperanza de paz. Siempre ha sido así.

### **La plaga del convencimiento**

Entramos en este siglo con un Papa que hacía referencia a una antigua herida del mundo occidental. Pedía perdón por los crímenes cometidos en "nombre de Dios". Nunca quedó tan políticamente claro el significado del tercer mandamiento "no tomarás el nombre de tu Dios en vano". En particular, fueron recordados los crímenes cometidos al servicio de la "verdad": la intolerancia y la violencia contra disidentes, guerras religiosas, violencia y abusos de los cruzados así como los métodos crueles utilizados por la Inquisición.

Una de las luchas fundamentales de los "derechos humanos" es aquella contra el deseo de "convencer". La idea que guía nuestra civilización occidental es que para que una parte tenga razón, la otra tiene que, necesariamente, estar equivocada.

Se cuenta que un rabino fue cierta vez consultado sobre un litigio. Una de las partes involucradas presentó su caso y el rabino asintió: "usted tiene razón". La otra parte también presentó su argumentación y el rabino reconoció: "usted también tiene razón". Su asistente que lo acompañaba, atónito, cuestionó al maestro: "esto es un litigio, ¿cómo puede ser que este tenga razón y que aquel tenga razón?". El rabino concordó: "usted también tiene razón".

A primera vista, el rabino nos parece una figura patética que concuerda con cualquier argumento. Pero luego percibimos su enseñanza acerca de una "razón" que no es indivisible o única. Nuestra dificultad es que la realidad siempre está compuesta de varias "verdades". La democratización de lo "correcto" tal vez sea el acto más importante de ciudadanía Y espiritualidad de nuestros tiempos.

Más importante, tal vez, que la memoria y el juzgamiento del pasado es la capacidad de identificar en nuestro tiempo las actitudes que, todavía hoy, representan las fuerzas del "convencimiento". Ellas están en todas partes transformadas en intolerancia.

Los que "precisan convencer" son aquellos que creen que la vida es un camino que debe

llegar a algún lugar en donde sus vivencias y sus valores serán comparados con las vivencias y los valores de los otros. Los que "no precisan convencer" no perciben la vida como un "mega examen de ingreso". No hay primeros puestos, ni siquiera aprobados y reprobados por parámetros externos y excluyentes. No hay redimidos ni condenados.

Existen en este mundo los que "viven y dejan vivir" y existen, también, los que precisan afirmar sus certezas demostrando y señalando al "otro" como errado.

Un día estaremos de acuerdo en que sólo existe un parámetro externo para definir lo "correcto" y lo "erróneo": lo correcto es cualquier cosa que no quiera convencer o imponer la voluntad de uno sobre el otro; lo "erróneo" es la postura del querer convencer.

Tanto el convencido como el que convence son perdedores. El juicio de la vida se basa en dos clases de acusación: las ocasiones en que fuimos convencidos y las ocasiones en que convencimos. Nuestra identidad y nuestro sentido de presencia son puestos a prueba cuando no estamos en la condición de convencidos ni en la de convencer. La propia alegría depende de cuánto no somos convencidos por los otros y de cuánto no convencemos a los otros. Cuanto más "convencidos" estamos y más queremos convencer, más tristes e insatisfechos nos tomamos; mayor es nuestro sentido de inadecuación, inseguridad y miedo.

El "convencimiento" nos roba la vitalidad fundamental de nuestra propia raíz y nos hace depender del otro para definimos a nosotros mismos. El "convencimiento" es una envidia disimulada. Morada del mal, se instala en todas las áreas estancadas y alienadas de nuestra vida y ahí deposita sus larvas. Podemos erradicar el "convencimiento" del mundo con una acción "sanitaria" cuidadosa y organizada. Podemos educamos al punto de tener "tolerancia cero" con la intolerancia. El reconocimiento de los errores del pasado es un paso importante, pero apenas un poco más de responsabilidad. Esto debido a que la historia juzgará a todos no por su conciencia del error, sino por su capacidad de evitar repetirlo.